

LAS TRES CLASES DE ESTADOS EN EL MUNDO MODERNO

El optimismo que siguió a la caída de los regímenes comunistas en Europa ha dado paso a otra situación, caracterizada por una proliferación de amenazas y riesgos que estaban latentes. La historia ha vuelto y entramos en lo que Robert Kagan llama “la era de la divergencia”

LA ERA DE LA DIVERGENCIA

Robert Cooper, diplomático británico y asesor del Primer Ministro británico Tony Blair durante la etapa de gobierno de éste [1997-2007], hizo en su día una interesante aportación al estudio de la evolución histórica de las relaciones de poder, muy útil para analizar los riesgos y amenazas en el mundo actual y para definir algunas claves sobre la forma más adecuada de enfrentarlos. En su trabajo *El nuevo imperialismo liberal*, publicado en 2006, partiendo de la probada teoría que sostiene que el orden internacional se ha basado durante siglos en la hegemonía de una potencia o en el equilibrio entre varias de ellas, clasifica a los Estados actuales -organizaciones intermedias entre los antiguos imperios (garantes del orden pero incapaces de promover cambios) y el caos

tribal- en tres grandes grupos: premodernos, modernos y posmodernos. Según Cooper, los Estados de carácter premoderno son aquellos en que el poder estatal no es capaz de imponer su autoridad y, por consiguiente, se han convertido en escenarios de luchas internas llevadas a cabo por facciones y grupos que escapan a su control (Somalia, por ejemplo). Antiguas colonias en muchos casos, ni siquiera pueden garantizar su propia seguridad interior, y algunos de ellos se han convertido en santuarios de organizaciones terroristas y criminales, dedicadas al tráfico de drogas y a la delincuencia organizada.

Los modernos son los que aún basan sus acciones en los principios que rigieron en Europa durante varias centurias, basados en las teorías de Maquiavelo, en



FOTO: EUFOR CHAD/RCA

*Avión español
CASA 295
desplegado
recientemente en
Chad en apoyo
a la misión de
Naciones Unidas.*

la razón de estado y en la aceptación de que la guerra es un medio, como apuntó Clausewitz, de continuar la política. Un gran número de los países actuales pueden incluirse en este grupo, aunque su grado de evolución y de cohesión social, de desarrollo económico y de estabilidad política permita subdividirlos a su vez en diferentes categorías.

Por último, los Estados posmodernos son los que han renunciado a pensar en la seguridad en términos de conquista, y que han hecho de la transparencia en sus relaciones, de la progresiva adopción de leyes transnacionales comunes y de la interdependencia, la seguridad compartida y la aceptación de la mutua vulnerabilidad, la clave de su estabilidad y de su bienestar. Los socios de la Unión Europea

constituyen un ejemplo paradigmático de este grupo que, desde luego, es el más reducido de los tres, pues algunos de los que podrían considerarse como tales no están por la labor de renunciar a su hegemonía -los Estados Unidos- y otros, como Japón, no disfrutaban de vecinos con los que poder mantener relaciones propias del mundo posmoderno.

RIESGOS Y AMENAZAS

La razonable clasificación de Cooper permite explicar los motivos por los que la situación actual se caracteriza por una proliferación de amenazas y riesgos que el fin de la Guerra Fría no ha hecho más que descongelar. No es fácil conjugar las perspectivas e intereses de tres grupos como los que, en términos generales, hemos tra-



ROBERT COOPER
DIPLOMÁTICO
Y LABORISTA

Nacido en Brentwood (Gran Bretaña) en 1947, es autor también del libro *The Breaking of Nations*, que trata del orden y el caos en el siglo XXI. Recibió el Premio Orwell. En 2002 accedió al cargo de Director General de Asuntos Exteriores y Político-Militares, dependiente de la Secretaría General del Consejo de la Unión Europea.

ROBERT KAGAN
UN INTELLECTUAL
CONSERVADOR

Ensayista y analista político norteamericano nacido en 1958. Ha sido asesor del Presidente George Bush. Autor de *El retorno de la historia y el fin de los sueños*. Mantiene la tesis de los dos occidentes: uno débil, Europa, y otro fuerte, Estados Unidos.

tado de describir, dado que sus esquemas de comportamiento, tanto a nivel interno como en sus relaciones con el resto del mundo, tienen muy pocos puntos de coincidencia, exceptuando los relativos a la globalización económica y a la aceptación formal -que no práctica, en muchos casos- de los derechos fundamentales contenidos en la Carta de las Naciones Unidas.

Además, existen otras variables que añaden complejidad al ya de por sí complicado ámbito de las relaciones de poder, de hegemonía, de equilibrio o de influencia, y de la aplicación de los principios que rigen la convivencia internacional a casos o conflictos concretos. Los Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea caminan, no siempre de la mano, por una senda que no es la de China o Rusia, por lo que el viejo problema de la pugna entre potencias ha vuelto a resurgir; la democracia liberal, que parecía no tener ningún adversario serio tras la caída del muro de Berlín, se topa por todas partes con autócratas y demagogos populistas que la ponen en cuestión; el fundamentalismo religioso ha irrumpido con fuerza amenazando continuamente con baños de sangre y, para que no falte nada, las consecuencias del cambio climático, con la consecuente lucha por la obtención de recursos cada vez más escasos, como el agua, no hacen más que añadir incertidumbre a un escenario ya de por sí complicado.

Todos estos factores parecen estar conjugados para enterrar el universal optimismo posterior a la caída del muro de Berlín, y con él la tesis de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia. Al parecer la historia ha vuelto y quizá estemos entrando, como dice el analista estadounidense Robert Kagan, en la era de la divergencia. Cuatro

cuestiones actuales de suma importancia ilustran sobradamente sobre las complicaciones a las que se enfrenta lo que llamamos, muy a la ligera, “la comunidad internacional”, y sobre la dificultad de aunar criterios en temas capitales para asegurar una convivencia internacional estable: me refiero a Kosovo, la situación del Tíbet, las consecuencias del desastre birmano, y la enquistada situación de Darfur.

FOCO DE DIVISIÓN

La cuestión de Kosovo, lejos de haberse resuelto, constituye un foco de división entre países situados en el mundo posmoderno -gran parte de la Unión Europea, España incluida, no ha reconocido al Estado kosovar, mientras que el resto lo ha hecho con entusiasmo- y amenaza la estabilidad de los aspirantes a integrarse en dicho mundo (Bosnia y Serbia, sin ir más lejos). El punto clave para los que se niegan al reconocimiento del nuevo Estado parece ser que el cumplimiento de la legalidad, tanto la internacional como cualquier otra, no debe admitir excepciones. La resolución 1.244 de las Naciones Unidas, al autorizar la intervención en Kosovo, dejó bien claro el respeto a la integridad territorial de la República de Yugoslavia. Las consecuencias futuras de la conculcación de la ley y de los acuerdos del Tratado de Helsinki, son imprevisibles y representan un malísimo ejemplo para aquellos a quienes se quiere convencer de la ineficacia del uso de la fuerza para imponer la teoría de los ‘hechos consumados’.

Por su parte, los disturbios que se fueron produciendo en diversas ciudades al paso de la llama olímpica en su camino hacia Pekín, independientemente del daño cau-

sado al espíritu olímpico -que debería estar a salvo de cualquier elemento de discordia entre los pueblos- han producido varios efectos, no siempre favorables a los instigadores y nada favorables a la armonía internacional: el pueblo chino reaccionó en masa, persuadido de que el buen nombre de su país ha sufrido un agravio, dando lugar a boicots y manifestaciones, singularmente contra intereses franceses; la opinión pública ha conocido que el Tíbet anterior a la ocupación china no era precisamente un dechado de democracia liberal, y la posición del Dalai Lama, que repite una y otra vez que no busca la independencia, no ha salido del conflicto fortalecida ni para los unos ni para los otros.

El Tíbet fue ocupado hace casi 60 años, y desde luego nadie está por la labor de causar dificultades graves a China por ese motivo. Tampoco parece que lo ocurrido haya servido para mejorar la situación de los derechos humanos de los tibetanos, y sí para crear sospechas sobre la existencia de un complot antichino, que no favorecen a nadie.

Precisamente quizá sea China la clave para abrir la lata birmana de modo que su desgraciada población reciba de una vez por todas el auxilio exterior que necesita. En este punto cabe preguntarse por la eficacia del concepto de ‘la responsabilidad de proteger’, adoptado por la ONU en 2001, que establece que la ayuda internacional a la población civil en casos de guerra civil o exterior, disturbios o catástrofes humanitarias, prevalece sobre la soberanía del Estado en cuyo territorio se producen, y en consecuencia legítima la intervención. El hecho cierto es que la diplomacia se mueve a paso de tortuga, desde luego mucho menos velozmente que el hambre y las enfermedades.

Por último, el despliegue de la Unión Europea en Chad y República Centroafricana, para aliviar la situación de los refugiados y desplazados en ambos países con motivo del ya largo conflicto de Darfur, es un



Manifestación para solicitar la libertad del Panchen Lama, rehén del Gobierno chino, y contra la situación del Tíbet.

ejemplo de cómo las tensiones en un país premoderno (Sudán), generan un conflicto que alimentan, por intereses y ambiciones diferentes, sus vecinos igualmente pobres, acompañados por potencias del grupo moderno que buscan abastecerse de recursos energéticos, con el resultado final de la aparición de los posmodernos a pagar la factura de los destrozos, pero sin el menor mandato para atajar las causas del problema.

EJEMPLO Y FIRMEZA

Posiblemente algunos de estos conflictos tendrían una solución más fácil en un mundo menos divergente. Está por ver que la globalización económica impulse y acorte el proceso de integración necesario para acabar con el mundo premoderno o, por lo menos, para mitigar los sufrimientos de su población. Pero existen dos conceptos que hay que aplicar, sin ninguna duda, en todos los casos: el ejemplo y la firmeza. Sin el ejemplo no se consiguen adeptos convencidos; sin la firmeza no es posible convencer a los malvados de que sus propósitos y objetivos no tienen la menor posibilidad de prevalecer. ■

La DEMOCRACIA LIBERAL, que parecía no tener adversarios tras la caída del muro de Berlín, se topa ahora con autócratas y demagogos populistas